

LA SANTÍSIMA TRINIDAD (C)
Homilía del P. Damià Roure, monje de Montserrat
22 de mayo de 2016
Prov 8,22-31 / Rom 5,1-5 / Jn 16,12-15

La relación personal que nosotros establecemos con Jesús es muy parecida a la que vivieron los apóstoles. Lo podemos comprobar repasando el Evangelio que acabamos de escuchar.

En el Evangelio de hoy, Jesús habla con sus discípulos antes de su pasión. El ambiente es de intimidad. Les dice que tiene muchas cosas que contarles, pero que ahora no las podrían entender en su totalidad. Deberán esperar a que les llegue el Espíritu Santo, que es quien los deberá guiar hacia el conocimiento de la verdad plena.

Podemos constatar que la relación entre Jesús y los discípulos es fluida, había una comunicación intensa entre ellos, y, con naturalidad, Jesús les advierte de las dificultades del camino. Por eso les dice: por ahora no lo entenderéis todo, pero más tarde sí lo entenderéis. Más tarde quería decir después de su Resurrección. Comprendieron, pues, que no podían tener un conocimiento total de quién era Jesús, y que tenían que descubrirlo poco a poco. Esto también nos pasa hoy a nosotros porque, como decía San Gregorio Magno, "la palabra crece con el que la escucha". Necesitamos escuchar mucho a Jesús para conocerlo y hacernos nuestra y asimilar su enseñanza.

Lo que Jesús decía a sus discípulos, también nos lo dice hoy a nosotros: Al igual que ellos, todos necesitamos que el Espíritu Santo nos guíe hacia el conocimiento de la verdad plena. Cuando escuchamos a Jesús, cuando escuchamos lo que nos dice el Evangelio, cuando admiramos la forma como trataba a la gente, cuando meditamos sus palabras, se nos abren caminos nuevos de reflexión y de acción, unos caminos que sólo podemos seguir si descubrimos cómo Jesús actuaba, hablaba y ayudaba. Por eso necesitamos leer y meditar a menudo el Evangelio.

Jesús resucitado nos hizo el don tan grande de transmitirnos su Espíritu: cuando el Espíritu de la Resurrección entraba en el corazón de sus discípulos, cuando nosotros nos abrimos al Espíritu de Cristo, poco a poco vamos comprendiendo la bondad y el alcance tanto de sus palabras como de sus acciones. Él puede convertirse, pues, en una fuente de reflexión interior, que repercute en nuestras acciones de cada día y las acciones de colaboración y de ayuda.

Hoy, fiesta de la Trinidad, agradezcamos que nuestra relación con Dios sea una relación en tres dimensiones: es una relación con Dios como Padre, una relación de hijos junto con Jesucristo y, al mismo tiempo, nos sentimos acompañados y fortalecidos por el Espíritu Santo. Cuando, por el don del Padre, Jesucristo se ha unido a nuestra humanidad y por el Espíritu Santo nos acompaña constantemente, entonces nuestra vida toca más realista y nos sentimos más consistentes y valientes para crear un buen ambiente y para ayudarnos mutuamente.

En la fiesta de la Trinidad santa, celebramos la gran realidad cristiana del Amor que proviene del Padre, la misma realidad que Jesús nos comunica con sus palabras y con sus obras, él que ha convivido con los hombres y nos ha abierto caminos. Y, en tercer lugar, celebramos que, después de su Resurrección, Jesucristo nos acompañe con su Espíritu de Amor, sea cual sea la situación que nos toque vivir.

Continuemos, pues, con ánimo nuestro camino de cada día, acompañados por Jesucristo y meditando sus palabras y acciones. Ayudémonos a compartir la fe y el camino cristiano. Busquemos vivir los valores del Evangelio, trabajemos nuestro corazón, para que la palabra del Evangelio pueda crecer y dar fruto en nosotros. Pidámoslo hoy en esta fiesta que nos hermana a todos, sintámonos, pues, unidos en la fe, en la esperanza y en la caridad y sintámonos también acompañados por la sonrisa y la intercesión de la Virgen de Montserrat .